

NAZISMO Y CLASE OBRERA (1933-1993), SERGIO BOLOGNA



Nazismo y clase obrera (1933-1993) recoge una conferencia impartida por Sergio Bologna¹ en 1993 y dos prólogos a la primera y segunda, 1996, ediciones respectivamente sobre la relación de nazismo y el fascismo –el texto toma datos principalmente de Alemania, pero no olvida la situación italiana– con la clase y el movimiento obrero en un gesto, si se me permite el juego, diacrónico y sincrónico cuyo objetivo último es desmontar el mito de que la clase obrera colaboró con el nazismo; mientras que en 1993 se llega a esta conclusión estadística:

Las encuestas que habíamos utilizado revelaban un dato sociológico sobre el cual reflexionar: el 50 por 100 de los jóvenes implicados en acciones de violencia xenófoba y neonazi eran obreros o aprendices. No se podía hablar de extremismo de la derecha sin afrontar la temática de la crisis del trabajo industrial, de la crisis de la identidad obrera y, sobre todo, del malestar juvenil, ya se tratase de Los Ángeles, de Moscú, de Berlín (antes y después del muro) o de Milán. (p. 45) [Prólogo a la primera edición]

Akal

Col. Cuestiones de antagonismo

nº 4

Madrid

1999

JESÚS RUIZ MORENO

Quien no tenga ganas de hablar de capitalismo que no hable tampoco de nazismo.

Horkheimer

El «Prólogo a la segunda edición» se acercará a este presente de desconcierto de la clase obrera a través de un doble línea argumental que se entrecruzan: la historia de la historiografía sobre el nazismo y la neutralización, primero, de la materialidad del nazismo y su expansión en las sociedades neoliberales –hablamos de los noventa, el esplendor, previo a la crisis tras los JJ.OO., del neoliberalismo con rosa de Felipe González o la eclosión del *Tangentopoli* en Italia o la desaparición de la República Democrática de Alemania– frente al desconcierto de los partidos comunistas europeos dedicados a intentar dotar de algo de consistencia la ocurrencia del eurocomunismo o directamente a disolverse bajo los encantos del padre político de Berlusconi, Craxi.

El PCI había tenido relaciones muy estrechas con el SED, sociedades controladas por el partido habían hecho el agosto con la RDA, delegaciones culturales y turísticas habían vaciado miles de botellas brindando por la fraternidad de los pueblos y de los comunistas, habían existido inconfesables relaciones con los servicios de seguridad de la RDA... y he aquí

1. Teórico de autonomismo en *Potere operario*, junto a Negri, hasta 1972. Ha sido profesor universitario en Trento, Padua y Bremen. La conferencia que aquí se recoge fue impartida en una casa ocupada italiana.



que todo esto desaparece como por encanto y que en vez de levantar la voz, al menos para poner en guardia sobre los peligros de una «anexión» al estilo Kohl, el PCI escapa pies para qué os quiero de su pasado, mejor dicho, ya que cambia de nombre y se quita de encima la etiqueta de «comunista», que parece que le molesta, pide al buen Craxi que lo presente a toda velocidad en la casa de la Internacional Socialista y se refugia bajo la encina a comer bellotas. El patrocinador de esta operación de *lifting*, Scalfari, ataca en su periódico toda alternativa de una «tercera vía» para los países ex socialistas, cualquier tentativa de crear una democracia nueva, inspirada en los movimientos de base de la década de los 1980, capaz de liberarse tanto de las hipotecas del neoliberalismo como de una nueva propuesta del paradigma comunista. (p. 22) [Prólogo a la segunda edición]

90

En la primera línea argumental Bologna analiza cómo desde la década de los sesenta, sobre todo, tras los 68, la historiografía revisionista ataca claramente a los dos conceptos claves del proceso histórico que supone el nazismo²: 1) el nazismo corresponde a un proceso capitalista, esto es, que no es una anomalía histórica fruto del delirio homicida de un pueblo –y oculta de camino, la resistencia obrera al nazismo–; 2) que el sustento político e ideológico del nazismo es la pequeña burguesía en rebelión.³

El segundo argumento del revisionismo rescata y reelabora toda la temática de la «culpa colectiva»; todo un pueblo participaría y sería cómplice, se transforma como un licántropo bajo la luna llena, lo que hurta también el análisis de la lucha de clases y, en consecuencia, el funcionamiento mismo del capitalismo y de la construcción ideológica pequeña burguesa. La primera se produciría a través de una melodramatización del nazismo, es decir, cargándolo de lágrimas e irracionalismo, aunque sea el irracionalismo de un horror tan

inabarcable como el de los campos de concentración, esto es, se trata de suprimir cualquier intento de comprensión del nazismo porque sus horrores escaparían a cualquier intento de análisis racional:

Los medios de comunicación [durante la reunificación] se llenaron de reevocaciones del exterminio nazi, la historia del nacional-socialismo se redujo a historias de los campos de concentración y, por consiguiente, leída una vez más como la historia de una locura homicida, como historia «excepcional» y no como la historia de «normal» complicidad entre grupos dirigentes de ámbito internacional. En plena *Vermarktung der Geschichte*, de comercialización de la historia, nace el «manierismo del Holocausto», que ha sido denunciado incluso por algunos historiadores demócratas israelíes y que se alimenta, más que de una justificada reacción contra el «negacionismo», de una necesidad de autolegitimación del nuevo integrismo sionista, del oportunismo de la cultura laica occidental y, por qué no, del hecho de que el Holocausto se presta bien a entrar en el catálogo de los artículos de moda del *horror*. (p. 28) [Prólogo a la segunda edición]

Pero, quizá, lo más relevante respecto a este análisis histórico de la «resurrección» del fascismo y su relación con la clase obrera sean los factores en los que encuentra su campo de cultivo –sin olvidar que, antes de echar balones a la coyuntura y las maldades del proceso de (re) producción ampliada del capitalismo, la causa central es la debilidad del movimiento obrero y sus organizaciones por sus propios errores de lectura, análisis y movilización⁴. Bologna remarca tres aspectos: el índice alto de paro (en la conferencia veremos cómo eso provoca una división clara dentro de la clase obrera), la inculcación del racismo⁵ dentro de sectores de la clase obrera en desempleo o trabajo precario y en tercer lugar, la separación de la clase obrera

2. Hay un tercer elemento clave para el triunfo del nazismo: la debilidad del movimiento obrero. POULANTZAS, N., *Fascismo y Dictadura. La III Internacional contra el fascismo*, Siglo XXI, Madrid.

3. POULANTZAS, N., *Ed. cit.*

4. Por supuesto, argumento central de texto citado de Poulantzas.

5. Žižek lleva años señalando que el racismo y la xenofobia es el prodecimiento ideológico que el capitalismo utiliza para desorientar a la clase obrera y ocultar la lucha de clases.

con la consolidación del llamado «trabajo autónomo»⁶, esa forma refinada de autoexplotación en la que el trabajador asume, dentro de la retórica capitalista, los gastos sociales y se individualiza respecto al conjunto de la clase obrera y el resto de clases trabajadoras:

Aún menos se pudieran dar cuenta de un fenómeno todavía más profundo que está en el origen de ese «muro invisible» hoy presente en la sociedad que separa a los trabajadores asalariados de los trabajadores retribuidos mediante formas no-salariales, es decir, no percibieron el fenómeno del trabajo autónomo. Así pues, no tuvieron presente el problema del cambio antropológico en curso al que se debe la crisis de la forma salario y, por lo tanto, no se preguntaron si el cambio de mentalidad y la obsolescencia de la cultura política tradicional se podría atribuir a este *cambio histórico*. Los trabajadores autónomos se englobaron en la categoría de «egoísmo social», del «individualismo antisolidario», fueron considerados de forma poco crítica la base electoral de todo lo que no gusta a la izquierda, es decir, de la Nueva Derecha, de los fenómenos anormales como el berlusconismo, de las *Leghe*, del abstencionismo, etc. A fuerza de chismorrear acerca de la globalización, no se dieron cuenta de lo que sucedía detrás de la esquina. (p. 35)

La conferencia propiamente dicha analiza la composición de la clase obrera y la lucha de clases desde el final de la República de Weimar al nazismo para llegar a la siguiente conclusión:

La conclusión general que puede extraerse de estos fragmentos de historia es que no es cierto que el proletariado alemán se rindiera sin combatir. Es verdad, en cambio, que su capacidad de resistencia se desgastó y consumió en los terribles años de la crisis, cuando la República de Weimar fue gobernada con métodos semidictatoriales por aquellos

que abrieron la puertas del poder a Hitler y que se agotaron sus fuerzas de quién había intentado detener su ascenso. Los años que precedieron a la toma del poder por Hitler son años de guerra civil encubierta. En las condiciones en que se vieron constreñidos a resistir los adversarios del nazismo, difícilmente alguien habría podido hacer algo más o mejor. El juicio de los historiadores, según los cuales la clase obrera y el proletariado alemán se pusieron a los pies de Hitler sin oponer resistencia es, por consiguiente, un juicio injusto que no respeta mínimamente la realidad y que refleja sólo la tendenciosidad y la ignorancia de quien lo expresa. (p. 91)

El análisis arranca con la composición de la clase obrera durante el final de la República de Weimar y sus variaciones tendenciales a comienzos del gobierno nacionalsocialista. La composición era aproximadamente la siguiente. En 1925, el 34% de los trabajadores lo hacían en empresas con menos de 7 empleados; en la misma fecha el 15,9 en el trabajo autónomo, siendo el resto de trabajadores en empresas medianas y grandes.⁷

Ante estos datos en los que la dinámica indicaría un trasvase de los trabajadores en pequeñas empresas a autónomos y la invariabilidad del porcentaje de obreros en grandes empresas; Bologna contrapone el crecimiento exponencial del número de parados y el enfrentamiento entre el movimiento socialdemócrata (II Internacional) y comunista (III Internacional)⁸. El SPD tenía sus apoyos políticos en la grandes fábricas y los trabajadores de la administración (no hemos de olvidar que los socialdemócratas habían participado de los gobiernos alemanes en la década de 1920), mientras que el KPD obtenía sus bases entre parados de larga duración. Bologna llega a afirmar:

6. Aquí es donde nos distanciamos de los planteamientos políticos de Bologna. Bologna defiende la autoorganización de estos obreros autónomos, mientras que para nosotros demuestra precisamente lo contrario: los límites del espontaneísmo obrero y las organizaciones de masas.

7. En otro momento afirma:

Es necesario tener presente otro dato importante de la composición técnica de la clase obrera en el momento en el que Hitler ocupa el poder, del cual ya hemos hablado al inicio: la gran fragmentación de la clase obrera, una fragmentación que había aumentado durante el período de Weimar. (p. 98)

8. Curiosamente, Bologna obvia por completo el papel internacional en esta división, que también se pudo vivir en la España de la II República y la Guerra Civil. Poulantzas, *Ed. Cit.*



la mentalidad de sus militantes era tan diferente que no se puede fingir que perteneciesen a un mismo movimiento, el «movimiento obrero». (p. 68)

No podía existir distancia mayor entre la mentalidad del cuadro medio del SPD, que se identificaba, no sólo ideológicamente, con la burocracia de la República weimariana, y la mentalidad del cuadro medio del KPD, que se veía constreñido a proponer a sus militantes, jóvenes, parados, desarraigados, empobrecidos y desclasados, la utopía de la conquista del poder, es decir, de la destrucción del Estado weimariano y la instauración de la república de los sóviets.

Esta guerra interna desemboca en una batalla campal a propósito del primero de mayo de 1929 (que no era festivo en Alemania hasta que en 1933 lo instituyó Hitler con el nombre Día del Trabajo⁹) durante la cual la policía, en manos de los socialdemócratas, reprimió violentamente la huelga general convocada por el Partido Comunista para el día 2.

No sólo la debilidad del partido comunista frente a un Estado controlado por la socialdemocracia, sino que también condicionó el movimiento comunista, dado que la militancia comunista era en su mayoría parados, la utilización de un segundo subsidio social –para aquellos que habían agotado la prestación por desempleo y un subsidio temporal cuando se agota la prestación– que se gestionó desde los ayuntamientos, cuyos funcionarios pasaron sin mucha dificultad de la socialdemocracia al nacionalsocialismo; de forma que se extorsionó a los militantes comunistas negándoselo por motivos políticos.

Curiosamente, este subsidio local, que convivía con la prestación por desempleo y un subsidio de desempleo semejante al que existe ahora en España de 426 euros, tenía la obligación de ser reembolsado; obligación que fue suprimida por el nacionalsocialismo en 1935.

La conferencia de Bologna termina con la política laboral de nazismo y las resistencias obreras a su dominio político.

Respecto a los desocupados la política general del nazismo tuvo un doble camino: por un lado, las obras públicas y los forzamientos al trabajo, por otro, la consideración de los parados como asociales. Según Bologna, éstos fueron los primeros encerrados en los *lager*.

Respecto al resto podríamos recogerlo con las propias palabras de Bologna:

De todas formas, si tenemos una nueva ocasión de reunirnos, sería necesario retomar esta discusión y analizar con una mayor precisión la política industrial y social del régimen nazi en sus tres grandes fases: la de reabsorción del desempleo (1933-1936), la del inicio del plan cuatrienal (1937 y siguientes) y la de la importación masiva de mano de obra extranjera, a la que se uniría posteriormente el cada vez más numeroso ejército de prisioneros de guerra y deportados que constituyó un ejemplo jamás visto de trabajo forzado en un aparato industrial moderno.

Es indudable que es indispensable el análisis de las contradicciones y la lucha de clases en el final de la República de Weimar, así que, quizá, la lectura de este texto de Bologna sirva para no repetir alguno de los errores.

9. El mismo nombre que se le han puesto ahora al Día de los trabajadores en la España de los valores democráticos.